

El Correspondiente de París
Hoja autógrafa diaria

Servicio de la prensa española

Redacción y Admón:

17 y 19 rue Mauberge.

Paris.

Año IV. ~ N.º 450.

Paris 26 de junio de 1888.

La situación.

La prensa toda, dejando de lado los asuntos de orden interior, no se ocupa hoy de otra cosa que de comentar el discurso leído ayer ante el Reichstag por el nuevo emperador de Alemania.

Digamos también nosotros algo de ese documento, ya que el limitado espacio de que disponemos no nos permite reproducirlo en nuestra correspondencia como hubiéramos deseado.

Bajo el punto de vista esencialmente político, preciso es confesar que los dos primeros manifiestos del emperador Guillermo, dirigidos al ejército y a la marina, carecían de significación y de alcance. La proclama al pueblo alemán que vino después, tampoco tenía un gran valor intrínseco. Su lenguaje místico acusaba solo una especie de retornos hacia ideas y procedimientos antiguos. El imperio que por ese documento se dejaba entrever, era algo semejante a un imperio gótico y como una reconstitución arqueológica de un estado de cosas y de una dirección de espíritu que todo el mundo creía desaparecidos para jamás volver.

El discurso abriendo la sesión del Reichstag es, digámoslo así, la primera declaración política del emperador, y, como tal, ha querido que fuera completa. Esperada con impaciencia, será indudablemente estudiada con atención, si bien examinada en su conjunto y de una manera general, ella confirma desde luego las conjeturas que se habían hecho después de la lectura de los anteriores manifiestos, no modificando absolutamente en nada la apreciación formulada casi al unísono por toda la prensa autorizada de Europa a partir del día en que Guillermo II subió al trono.

Desde luego despréndese del discurso del emperador un hecho importante. Mientras los rescriptos y los actos de Federico III dejaron entrever desde sus comienzos que entre su reinado y el del viejo emperador Guillermo habría una diferencia muy pronunciada y en ciertos puntos una contradicción completa, vemos, por el contrario, en el discurso del joven Guillermo II, que el nuevo régimen

vá a inclinarse decididamente del lado de la política representada por el viejo emperador su abuelo, adicionándola aun con una tendencia mística que, sobre ser anacrónica, se aviene ciertamente muy poco con el espíritu filosófico y las tendencias progresivas de la cultura alemana. En el interior, es el socialismo del Estado que se levanta de nuevo, como protestando contra la condena a que se hallaba sujeto desde el advenimiento de Federico III, y sobre el cual - combinado con una especie de socialismo cristiano - parece que cuenta el nuevo emperador para triunfar del socialismo revolucionario.

Los asuntos exteriores ocupan gran espacio en el texto del discurso imperial. Guillermo nos anuncia sencillamente que estima deber mantener la alianza con Austria-Hungría, lo que no sorprenderá a nadie, como tampoco tienen nada de imprevisitas las razones que alega para justificar sus deseos en este punto.

No son tan fáciles de comprender los motivos que aduce a propósito de la alianza de Alemania con Italia, y de luego se preguntará cualquiera cuales pueden ser esas "razones históricas" que a juicio del emperador mantienen unidos a los dos países. Ciertamente no dejará de parecer singular que sea el deseo "de conservar los beneficios de la paz y de consagrarse tranquilamente a la consolidación de su unidad nuevamente recobrada" la razón poderosa que haya arrojado a la Italia en brazos de Alemania, pues nadie ignora que entre las "razones históricas" de la unidad italiana, el curso de la nación francesa ocupa - y esto es innegable - un importantísimo lugar, y francamente, después que esa misma unidad se hizo mediante el poderoso auxilio de las armas francesas, no sabemos que Francia haya conducido para con Italia en términos que pueda esta sospechar en la nación francesa ningún propósito bastardo que tienda a deshacer hoy con una mano lo que ayer hizo espontáneamente con la otra.

Las declaraciones simpáticas a Rusia serán seguramente muy remarcadas, tanto por lo que en sí dicen, como porque constituyen un notable contraste con las que M.º Primakov hizo no ha muchos meses ante el mismo Reichstag cuando, en la discusión de la ley militar, el canciller pedía un aumento de efectivo de guerra, a fin de poder, a la primera eventualidad, arrojar un millón de soldados sobre cada una de ambas fronteras del Oeste y del Este.

Si hoy el gobierno alemán quiere "mantener cuidadosamente" las relaciones pacíficas "que existen desde hace un siglo

entre Alemania y el imperio ruso, y que responden lo mismo a los sentimientos personales del emperador que a los intereses de la nacion alemana", el millon de soldados que debia enviarse a la frontera oriental del imperio puede encontrarse disponible y recibir otra destinacion en caso necesario. Y esto es precisamente lo que con más claridad resalta del discurso imperial. En él no hay una sola palabra que se refiera directamente a Francia; el nombre de la nacion francesa está completamente eliminado, y esta misma omision es harto significativa en estos momentos para que deje de ser interpretada en cierto sentido, sobre todo teniendo en consideracion que el estado de las relaciones del imperio alemán con la nacion francesa es indudablemente uno de los factores más importantes de la tranquilidad europea.

El emperador habla muy alto en su discurso de sus propósitos de mantener la paz; pero de esa paz "que debe estar garantida por los ejércitos" y que, conocida desde hace mucho tiempo, hoy se presenta con la circunstancia agravante de ser quien la aplica un joven inexperto e impetuoso que, afectando despreciar "una nueva gloria militar", descubre a la lengua en un mismo lenguaje la carencia absoluta de la sinceridad y desprendimiento que caracterizaron los actos y los propósitos de su predecesor difunto.

No queremos ser pesimistas y ver en el discurso imperial más de lo que él dice en realidad, pero atendida la forma solapada con que se hacen ciertas insinuaciones, y el estudiado silencio con que Bismarck, por boca del emperador, ha omitido hablar de las relaciones de Alemania con Francia, creemos que se ha entrado en uno de esos periodos en que la prudencia es el más imperioso de los deberes, y es de esperar que nadie querrá faltar a sabiendas a ese deber siquiera para no arrostrar ante Europa la responsabilidad moral del conflicto.

Los estudiantes franceses en Polonia. — Ayer regresó a esta capital la comision de estudiantes franceses que habia ido a Polonia en objeto de asistir en nombre de los estudiantes de Francia a las fiestas del octavo centenario de aquella célebre Universidad.

Los periódicos se han hecho en varias veces de los muchos incidentes que han señalado la estancia de los estudiantes parisien- ses en Polonia, donde, aparte todo, fueron recibidos con las mayores muestras de simpatía por parte de sus compañeros allí reunidos y procedentes de todas las partes del mundo.

Entre otros incidentes dignos de ser relatados, así van los siguientes, de que la prensa se ha ocupado mucho estos últimos días.

El día 12 por la noche celebrábase en Casavecchia, en plena campaña y en plena luz eléctrica un gran banquete de 50 cubiertos.

Como siempre, durante los postres pronunciáronse los correspondientes brindis: en esta ocasión el presidente de la Delegación Alemana, enlazando su brazo con el del presidente de la Delegación francesa y elevando con el suyo su propio vaso se levanta gritando: "Viva Francia!" El presidente de la Delegación francesa contestóle que agradecía mucho este acto de cortesía; pero que, a pesar de sus deseos tenía el sentimiento de no poder manifestar hacia Alemania las mismas muestras de simpatía.

ISolsa: 0% 82.180. = Suez: 2175 =
Danzona: 330.

Aquel mismo día, y terminados los postres, los estudiantes alemanes propusieron a sus compañeros el envío de un telegrama al emperador Federico III - que debía morir al día siguiente - haciendo votos por un pronto restablecimiento. Consultados los estudiantes franceses, no titubearon un solo instante y consintieron; pero enseguida su presidente redactó y propuso a su vez el siguiente telegrama: "Los estudiantes de todas las naciones, reunidos en Colonia para celebrar el 8º aniversario de la Universidad, envían al presidente de la República francesa la seguridad de su profundo respeto, recordando que Francia es el país del progreso y de la libertad. El texto fue aclamado, y ambos telegramas fueron inmediatamente expedidos.

En fin, a la mañana siguiente, después de la distribución de los diplomas de doctores honorarios a los profesores extranjeros - en cuyo número se contaban los profesores franceses Renan, Serres, Pasteur y Charcot - el rey Humberto dirigió a los estudiantes parisien- ses las siguientes palabras cuya exactitud podemos garantizar por completo: "Señores, es con profunda emoción que he visto aparecer la bandera francesa en estas fiestas. Decid a vuestros camaradas de Francia que Italia sigue siendo - digase lo que se quiera - la amiga de vuestra nación. La sangre vertida en común, no se olvida, y el 59 no es una fecha tan lejana para que nosotros hayamos perdido tan pronto su recuerdo."

Laudable donativo. - Nuestro compatriota Sr. Ruban Donaden, cuya largueza es ya proverbial en todo aquello que puede contribuir al mayor lustre de la patria que estima tanto, acaba de hacer un importante donativo, consistente en mil volúmenes encuadernados con destino a la Biblioteca del Instituto de segunda enseñanza de Figueras (provincia de Gerona), su población natal. Nosotros, que hemos tenido ocasión de asistir al embalaje de dichas obras, muchas de las cuales hemos hojeado, podemos asegurar que el envío es de todo en todo digno del generoso donante, a quien la ciudad de Figueras debe de estar de mil modos agradecida por las múltiples pruebas de atención que todos los días recibe de aquel su hijo benemérito y distinguido última hora.

(Bruselas, 26.) Anunciase como indudable el próximo matrimonio del Duque de Anunale a Mrs. Clivebert, con objeto de impedir que su importante herencia caiga en poder del conde de Paris.